



LLUÍS TORRENT

Experto en adaptación
al cambio climático,
economía circular y en
Ciencias Políticas y
Gobierno
Universidad Autónoma
de Barcelona

ESPAÑA



¿ESTAMOS VIVIENDO LA TROPICALIZACIÓN DEL MEDITERRÁNEO?

Durante años, el concepto «tropicalización» se ha utilizado para describir la expansión de especies tropicales y de aguas cálidas en los ecosistemas marinos mediterráneos. En un informe publicado en 2021, WWF advertía de que la región se calentaba un 20 % más rápido que la media mundial. El documento describe, además, la proliferación de medusas y el deterioro de hábitats esenciales, como las praderas de posidonia y las comunidades de corales y gorgonias.

Estos cambios amenazan la biodiversidad, la pesca y la protección natural de las costas, y se agravan por la contaminación, la sobrepesca y la presión urbanística. Su conclusión es clara: reducir las emisiones y conservar ecosistemas saludables son acciones complementarias para aumentar la resiliencia del Mediterráneo.

Las recientes olas de calor y lluvias torrenciales experimentadas en Cataluña trasladan ahora la preocupación a nuestras ciudades. El temporal que experimentó la ciudad de Barcelona, la comarca del Maresme y el Vallès Oriental a principios de este mes de octubre generó advertencias sobre un posible «mini-huracán mediterráneo», cuya formación no se confirmó. El episodio puso sobre la mesa los sistemas convectivos de mesoescala: agrupaciones de tormentas que se organizan como una gran estructura y pueden producir lluvias intensas y persistentes. Estos fenómenos pueden llegar a ser devastadores, especialmente cuando se «estacionan» durante varias horas en un punto geográfico.

El balance comunicado el pasado 4 de octubre fue de dos víctimas mortales y una persona desaparecida, además de miles de viviendas inundadas y servicios esenciales interrumpidos. Los primeros registros alcanzaron unos 244 mm en Mataró, 288 en Vilassar de Mar y 193 en el Raval de Barcelona. Granollers acabó superando los 360 mm acumulados durante varios días. Para tener una referencia, en Mataró llovió en poco más de 12 horas el equivalente al 40% de la lluvia promedio anual.

Estas lluvias llegaron después de un verano excepcionalmente cálido. Cataluña encadenó olas de calor en junio y julio y episodios persistentes en agosto. El Observatorio Fabra de Barcelona alcanzó 40,9 °C. El céntrico barrio barcelonés del Raval experimentó 85 «noches tropicales» entre junio y agosto, sin bajar de 20 °C, y 54 noches tórridas, por encima de los 25 °C.

Una atmósfera más cálida puede contener más humedad e intensificar las precipitaciones extremas, algo que obliga a adaptar nuestras ciudades actuando desde ahora. Ya existen experiencias que muestran cómo hacerlo. Barcelona incorpora sistemas urbanos de drenaje sostenible (SUDS), con espacios de infiltración y biorretención en proyectos en las calles de Consell de Cent y Comte Borrell. Estos sistemas permiten retener y ralentizar la escorrentía y, cuando incorporan vegetación, contribuyen al confort térmico. La ciudad combina estas actuaciones con depósitos pluviales y una red de refugios climáticos.

Estas estrategias deben complementarse con drenajes adecuados, mantenimiento, alertas tempranas y una planificación que evite nuevas ocupaciones de zonas inundables.

Cada decisión urbanística condiciona nuestra exposición durante décadas. La adaptación necesita una apuesta política firme, presupuestos, responsabilidades claras y continuidad.

Enlace del vídeo de la publicación en LinkedIn:
<https://photos.app.goo.gl/sGRoDHjAW83xt74b6>

Enlace foto Lluís Torrent:
https://drive.google.com/file/d/1bAJ_Vgb7voO0yKtrW7SuFZeikoVoDNG/view?usp=sharing